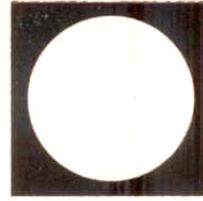
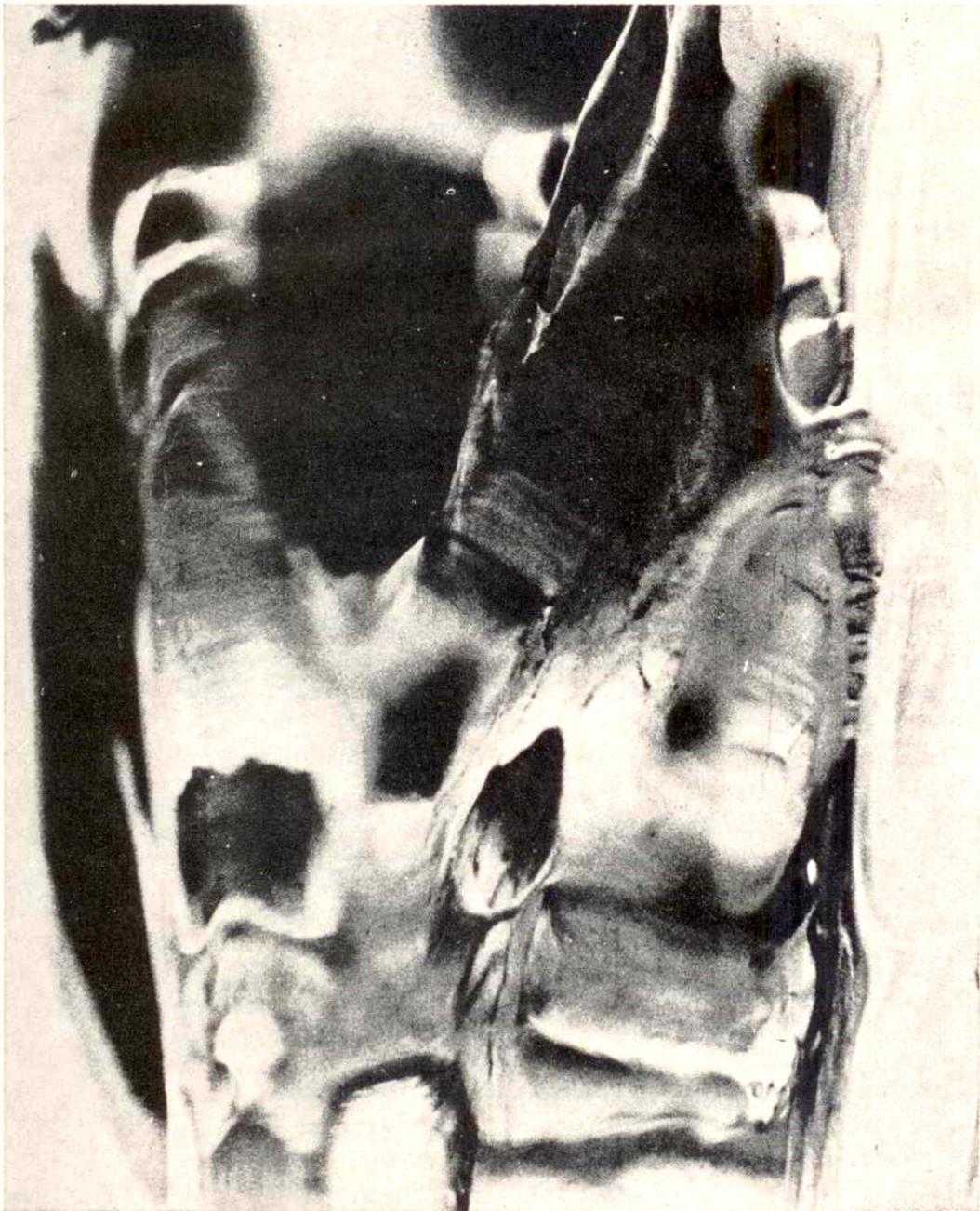


SEIS.. RELATOS.. BREVES



NICOLAS SUESCUN



Un vecino, hombre pequeño e irremediablemente insignificante, se suicidó hace cuatro o cinco días. Siempre salía con su cartera negra, chaleco y paraguas, incluso cuando hacía sol. Su cuerpo lo encontraron hoy. El no quiso ir a verlo. Ahora, arrepentido, está tratando de recordar sus rasgos. De descubrir sus motivos. Contra toda previsión, algo debía estar pasando dentro de ese cráneo aplastado bajo media docena de pelos descoloridos.

Su perro, un gozque flacuchento, que sacaba a caminar orgullosamente, había muerto unas semanas antes. Lo había visto enterrándolo en el patio de atrás. Lo había visto secarse la cara con un pañuelo. Había pensado que se trataba de sudor. Ahora no está tan seguro.

Lo llaman a declarar. No tiene nada que declarar. Lo supo por los periódicos. Vivía al lado y sólo un estrecho muro los separaba, pero lo mismo hubiera podido vivir en Saturno. Era muy silencioso. Parecía un fantasma. Más ruido hacían los ratones. Tampoco había oído nada. El baño, que quedaba al lado de su pieza, apestaba más que una alcantarilla.

80

Sin embargo, se ve obligado a ir al juzgado. El juez lo interroga:

—Soy empleado.

—Qué quiere usted decirme con eso?

—Quiero decir que me emplean de vez en cuando para toda clase de oficios insignificantes y desagradables.

—Quién lo emplea?

—El sector privado.

—Y se queja? Ojalá trabajara yo con el sector privado. Yo lo envidio. Los empleados del gobierno llevamos una vida de eterno e inútil sacrificio... Pero vamos al grano: olió o no olió usted el cadáver de su vecino?

—Las cañerías del baño no funcionan. Apestan más que una carroña de elefante.

—Yo le puedo asegurar que existe una gran diferencia entre el olor de una cañería obstruída y el olor de la carroña. Si usted no es capaz de percibirlo, permítame decirle que me parece sospechosamente insensible. Una persona así muy bien hubiera podido destripar a su vecino.

—Murió envenenado, señor juez.

—Más fácil aún.

—Fue un suicidio, lo leí en los periódicos.

—Aquí no creemos en los suicidios, mi querido amigo. Esas son cosas de los periódicos. La única explicación de una muerte violenta, en una sociedad justa y democrática como la nuestra, es el crimen. Si alguien recurre

a sus propias manos para infligirse la muerte es, invariablemente, porque un enemigo, un antisocial, lo ha empujado a ello.

—Yo no soy antisocial, no era enemigo de mi vecino, ni siquiera lo conocía. No le hablaba! ¿Por qué? ¿Ve usted? Usted no le hablaba. Esa puede ser la causa. Su vecino, hombre delicado, ha podido considerarlo un acto de hostilidad insoportable. Vamos, vamos, confiese que no le hablaba.

—Yo mismo se lo acabo de decir.

—No importa. Confiese, coopere con la justicia. Sus ruedas no pueden detenerse.

—Está bien, señor juez. Está bien. Confieso. Yo lo maté. No me dejaba dormir.

—No, no, no es eso lo que quiero decir. Usted está tratando de confundirme. Todos sabemos que nadie lo mató. Fue un suicidio. Lo que quiero sabe es por qué no le hablaba.

—Ya entiendo, señor juez... Sí le hablaba, lo confieso. Soy muy comunicativo aunque no parezca. El también, el pobre, se me entregaba por completo todas las noches. Me contaba su vida. Me relataba como le gustaba mirar a la señora Clara por el ojo de la cerradura. Me hablaba de su perro, de su trabajo, de su juventud...

—Ah! Ve usted como se aclaran las cosas cuando ustedes cooperan son nosotros. Puede usted irse, pero antes le voy a aconsejar una cosa: trabaje y estudie. Y, sobre todo, eduque su olfato. De todos los sentidos el olfato es el más despreciado, pero créame, en este país es el más vital de todos. Yo lo he descubierto gracias a largos años de práctica. Sólo un entrenamiento adecuado del olfato nos permitirá localizar con la eficiencia y celeridad necesarias todos los cadáveres que se escapan a la vista e incluso a la investigación racional.

81

EL EXTRAÑO

Llegó de noche, cabalgando. Recorrió el pueblo calle por calle. Todos dormían menos yo, que en esa época me desvelaba mucho. Apagué la luz para poder observarlo mejor. Era alto y muy pálido. Sus ojos brillaban en la penumbra como los ojos de un gran felino. Estaba fumando. Echaba el humo lentamente. Llevaba las riendas con displicencia. Se dejaba llevar por el caballo que siguió andando por el pueblo, hora tras hora, hasta que todos despertaron y se asomaron a sus ventanas para mirar al intruso.

Fue entonces cuando saqué mi revólver y le disparé varias veces. Otros recogieron el cadáver que nadie vino a reclamar. Yo ni siquiera tuve que comparecer ante el juez. Era obvio, saltaba a la vista de todos, que lo había hecho para bien de la comunidad.

Ese fue el comienzo de mi carrera política.

Mi padre era azul. Alcalde del pueblo. Un día llegó un grupo de forajidos que había sembrado el pánico en la región. Sobre caballos sedientos y sudorosos. Levantaron enormes columnas de polvo en la plaza. Mi padre salió a su encuentro sin armas, era un hombre muy valiente. Ellos le hablaron primero: "Usted es azul o rojo?" El eludió la respuesta: "Soy el alcalde", dijo. "Eso no fue lo que le preguntamos. Lo que queremos saber es si usted es nuestro amigo o nuestro enemigo", dijeron ellos. "Haré lo que deseen", dijo él. Y ellos: "Nosotros no necesitamos su ayuda. Le hemos hecho una pregunta. Conteste o dése por muerto".

"Soy rojo", dijo por fin, y ellos lo acribillaron. Todos dispararon varias balas. "Para que aprenda, rojo marica". Pero como no murió inmediatamente, lo desnudaron, lo ataron a un árbol y le cortaron el sexo con un machete. El decía: "No, no, es un error, soy azul, azul". "Ahora se nos volteó", dijeron ellos. "De todos modos lo hubiéramos quemado. No nos gustan los alcaldes, rojos o azules". Y se rieron mucho.

Yo, años más tarde, me uní a ellos para vengar su muerte. No me gusta matar ancianos, prefiero los niños y las mujeres.

82

Cometió, durante muchos años, cientos de fechorías. Ejecutaba robos y estafas, perpetraba asesinatos y violaciones con tal maestría, con tal originalidad que nunca cayó sobre él la menor sospecha, a pesar de la incansable diligencia de los más listos sabuesos policíacos. Era, ante sus vecinos, un hombre decente y caballeroso que se había quedado soltero debido a su excesiva timidez. Ante el gobierno, un comerciante de cierto peso que pagaba sus impuestos con impecable regularidad. Ante su familia, un pariente modelo que ayudaba en la medida de sus amplias posibilidades.

Murió relativamente joven, a los cincuenta y tantos, de un ataque cardíaco. Su cuerpo fue hallado, dos días después de su muerte, en la mullida cama de su lujoso apartamento.

Dejó una fortuna considerable de la que gozaron sus herederos legales y un recuerdo que tal vez logren borrar los años.

En nuestro pueblo no se vive mal. Los problemas del mundo, esas catástrofes de las que hablan todo el tiempo los periódicos de la capital, no nos afectan para nada. Las guerras, la escasez, la contaminación: todo eso lo desconocemos. Nuestra principal preocupación es conservar el orden de nuestras casas, velar porque el polvo no se acumule, porque no se abran goteras en los cielos rasos, porque reluzcan los objetos de plata y de cobre que nos legaron nuestros antepasados, porque los vidrios de las ventanas permanezcan sin mancha, porque los tapetes y los cuadros estén siempre derechos y las cortinas no demasiado corridas.

De esto se ocupan nuestras mujeres. Ellas son parangón de modestia en su juventud. Madres fieles y excelentes, las embargan el afecto por sus maridos, la educación de los hijos, los cuidados de la casa y loables obras de caridad. Antes del matrimonio no conocen otra diversión que la música. Su instrumento favorito es el harpa.

Sabemos apreciar un atardecer y la belleza del campo, los ikebana de nuestras mujeres y la buena poesía. Bebemos para escapar del tedio y el sexo lo ejercitamos en casa de Isabel.

83

No tenemos, los de nuestra clase por lo menos, un concepto trágico de la vida. No vemos el fin del mundo en cada vuelta de esquina.

Somos realistas. Las grandes pasiones eran propias de nuestros abuelos.

No ignoramos que el mundo fue mejor en otra época. Pero no nos dejamos obsesionar por el tremendismo de nuestros días. Defendemos lo que nos queda. Esos privilegios que nuestros padres ganaron para nosotros con el sudor de sus frentes. No hemos perdido el sentido de nuestras responsabilidades, sobre todo de aquellas que atañen a las clases menos favorecidas, esas pobres gentes que viven en las lomas y esas otras, opacas, que inutilmente tratan de imitarnos.

Nuestras ideas con respecto a ellas son sencillas. Nosotros las necesitamos, pero ellas nos necesitan más a nosotros. Sin nuestra ayuda caerían en el estado animal que les es propio. Con este fin, el de ayudarlos, hemos creado una fuerza de policía.

Mantenemos este cuerpo para salvaguardar el orden público y procuramos que sus miembros nunca estén ociosos. Cuando su intervención no se justifica, nosotros creamos incidentes imaginarios para que puedan dar rienda suelta, dentro de las garantías de la ley, a sus feroces aunque bien encaminados instintos.

En cuanto hace a mi persona, puedo afirmar que, a pesar de mi edad, mis sentidos funcionan a la perfección. Empleo mis ojos para mirarme, las manos para llevarme comida a la boca, para recoger cualquier cosa y guardarla en mis cajones y baules. Uso mi voz para deleite de mis oídos, el tacto para apreciar las caricias en carne propia.

Estoy, en suma, satisfecho. Nunca le he hecho mal a nadie y he sido buen ejemplo para mis hijos.

---

La ventaja de una casa es, sin duda, poder encontrarla cuando uno se dirige hacia ella para dormir o estar un rato con la mujer. Una casa propia que no se pudiera encontrar del todo, o sólo después de mucha búsqueda, tendría graves inconvenientes. Aunque claro que no van a faltar lunáticos que defiendan este tipo de casa. Tan confuso está todo. Se han perdido tantos valores. Hay tantos locos sueltos.

El argumento de estos despreciables y pendencieros radicales energúmenos sería probablemente que es posible que lo que encontremos en la casa —la casa que se halla sin dificultad, de ahí que es mejor que sea imponente, con grandes columnas y de tres pisos— no sea agradable, que pueda hasta ser desagradable para su habitante. No comprenderán nunca que lo que importa es la casa pero, ante todo la certeza de llegar a ella. Esto es principalmente a causa de los innumerables peligros que nos acechan en la calle.

Yo casi llegaría a afirmar que ni siquiera lo que encontramos en ella reviste una real importancia. aunque yo le tenga tanto afecto a las cosas que se encuentran en la mía, al orden en que están colocados todos esos objetos que yo aprecio tanto y cuya pérdida sería mi fin. Y conste que en esa serie de objetos incluyo el techo que me protege de la lluvia y el frío, la taza del baño donde hago mis

necesidades, la ventana por la que espío a los transeúntes; y las sillas, los cuadros, las mesas, los jarrones, los floreros, los ceniceros, las porcelanas, las armas y mi mujer.

Para reforzar mi argumento, pondré, a manera de ejemplo, al soltero. Un soltero llega siempre —a no ser de que haya hecho otros arreglos— a una casa vacía. No encuentra nunca a nadie. Corre el riesgo de encontrarse consigo mismo si, digamos, se sienta en la taza, se acuesta para descansar, se cruza de brazos o coloca su mentón entre sus manos sobre la mesa, o si se pone a mirar el techo o la calle desierta. Todas estas pueden ser experiencias desastrosas y él lo sabe. Lo que por lo tanto le importa es el hecho de llegar. De lo contrario nunca iría.

Yo soy de opinión —me lo enseñó mi viejo— que todos tenemos una meta en la vida. Y de que nuestro fin, lo reconozcamos o no, es llegar a ella. Lo de la casa se me ha hecho una metáfora aceptable de este hecho innegable: hay que llegar, eso viene antes, vivir en ella es secundario, así como es secundario y casi superfluo gozar de las ventajas que pueda traerle a uno el hecho de llegar a su meta.

Yo, por ejemplo, he llegado a mi meta. Pero lo que me importa es haber llegado. El dinero que tengo en el banco, mi posición en la comunidad, mis hijos de mejillas rosadas, mi mujer y sus dotes musicales, la satisfacción espiritual de mi devoción al Sagrado Corazón, todo eso no es nada ante la alegría de haber seguido los consejos de mi padre de venirme corriendo después del colegio, sin hablarle a extraños y mirando hacia adelante.

